

En medio de tanta confusión de partidos, opiniones y pensamientos, Enrique de Navarra, aconsejado de sus Ministros, de las circunstancias y de los políticos moderados, abjuró en manos de algunos Obispos en París la falsa religión de Calvino, haciendo además pública y solemne profesión de nuestra santa fe católica, apostólico-romana. Y en virtud de aquel acto de tanta trascendencia, le absolvieron allí algunos obispos de las censuras en que se hallaba incurso; pero todo esto sin perjuicio de impetrar la confirmación de todo lo hecho mediante nueva absolución pontificia ¹.

Y con efecto, el mismo Rey Enrique, puesto en correspondencia con la Santa Sede, enviadas á Roma varias legaciones suyas, dió al fin poderes bastantes al célebre Arnaldo Ossat para tratar de su conversión con el Papa y los Cardenales, y luego después al Obispo de Evreux Jacobo David du Perron para que en su nombre, y como representante suyo, hiciese en manos del Sumo Pontífice Clemente VIII la abjuración de los errores calvinistas y la correspondiente profesión de fe católica, como así se llevó á cabo corriendo el año 1595, según y más por menor se verá después ².

quien, y aunque casado, fué esclavo y amigo miserable Enrique IV. A esta infeliz mujer, entre otras varias, ganaron y acudían los calvinistas cuando querían manejar á gusto suyo el ánimo del Rey.

¹ «El Papa Clemente VIII adoptó una actitud expectante y previosora. Por su parte, el Rey veía claramente que no llegaría á la tranquila posesión del trono francés en tanto que no abandonase el calvinismo.... Por fin, el 25 de Julio de 1593 abjuró la herejía en San Dionisio, hizo profesión de fe católica y fué absuelto de las censuras por el Arzobispo de Bourges, á reserva de solicitar la absolución pontificia.» *Hergenrother*, ítem, íbid., pág. 282.

² Como en la correspondencia que en seguida leeremos se habla tanto del célebre Du Perron, que allí, con cierta ironía española, ó, siquier andaluza, suele llamarse *el Perron*, ó simplemente *Perrona*, quiero dejar aquí breves noticias de su persona. Jacobo David du Perron nació en 25 de Noviembre de 1556, en el seno de la secta protestante. Fué hombre de grande ingenio y maestro de Enrique III. Dícese haber tenido memoria prodigiosa y dotes sorprendentes como dialéctico, y de mucha suavidad en su trato. Conocida la verdad de la religión católica, la abrazó de todo corazón y fué siempre su gran defensor. Sólo contaba veinte abriles y daba ya lecciones públicas de filosofía escolástica, y se-

III.

LA CONVERSIÓN DE ENRIQUE IV, Y EL PAPA CLEMENTE VIII.

Gregorio XIV no tuvo inconveniente en manifestar al mundo que no quería reconocer por Rey de Francia á un hereje calvinista, no obstante todos los derechos de sangre que en propio favor pudiera alegar. Año de 1591 había dado orden á todos los Obispos é individuos del clero de Francia para que no tuviesen relación alguna con Enrique de Navarra. Y ya antes, en 1575, el célebre Papa Sixto V, usando de su autoridad suprema y apostólica, había excomulgado al mismo Enrique como á hereje y jefe de los hugonotes. Pero Clemente VIII no cesaba de orar y derramar lágrimas de compasión por la Iglesia de Francia. Por eso llamaron los franceses á la conversión de Enrique IV hija de *lágrimas clementinas*. El resultado fué, como ya se insinuó, que el famoso caudillo del partido calvinista, instruído en los dogmas católicos, envió sucesivamente á Roma, pidiendo la absolución, á Pedro de Gondi, al Marqués de Pisani, que no lograron ser recibidos del Papa,

ñales de buen matemático. Estuvo al servicio del Cardenal Carlos de Borbón, y con nombre de Carlos X lo ofreció por Rey al pueblo francés. Nombrado Obispo de Evreux, se hallaba en actitud de vencedor al lado de Enrique de Navarra el día que éste abjuró en París su falsa religión. En Abril de 1595, y para enviarlo como procurador suyo á Roma el mismo Rey Enrique, lo honró con el título de Consejero de Estado y de primer limosnero regio. Véase *Histoire des Souverains Pontifes Romains, par le Chevalier Artaud de Montor*, tomo V, pág. 62: París, 1848. Según el doctísimo Alfonso Chacón, el Papa Clemente VIII creó Cardenal al célebre *du Perron* en el año 1603, en el día 17 de Septiembre, entrando en el número de los purpurados presbíteros con el título de Santa Igenes. Murió en París á 5 de Septiembre del año 1618, repitiendo humilde aquellas palabras de San Agustín: *Ignosce quod meum est; agnosce quod tuum est. Vitae et Res gestae Pontificum Romanorum et S. R. E. Cardinalium.... Alphonsi Ciaconii Ordinis Praedicatorum....*, tomo IV, pág. 353: Romae, 1677.

y posteriormente á los famosos Ossat y du Perron, de quienes atrás queda hecho mérito. San Felipe Neri, al parecer, intervino asimismo en las negociaciones entabladas en pró del Bearnés. El Papa Clemente no cesaba tampoco de pedir luces y acierto al Cielo y al Colegio de Cardenales, á quienes con frecuencia escuchaba y reunía. En el Consistorio de 20 de Diciembre, 1595, declaró el mismo Sumo Pontífice hallarse inclinados los Cardenales en su mayoría por la reconciliación, teniendo por de ningún valor la abjuración hecha en San Dionisio de París, debiendo repetirse en manos de un legado de Su Santidad, restablecerse la religión católica en el territorio bearnés, publicar y guardar el Concilio de Trento, y manifestar el Príncipe calvinista su conversión á todos los Monarcas de Europa. Estas y otras condiciones impuestas á Enrique IV para ser absuelto, se verán mejor en la correspondencia inédita con que se pondrá final á este capítulo ¹.

Por otra parte, el Papa Clemente recibía cartas llenas de sumisión, reverencia y, al parecer, de sinceridad que le dirigía Enrique diciéndole así: «Muy Santo Padre: habiendo reconocido por inspiración que Dios me dió, cómo la Iglesia Católica,

¹ «Gregorio XIV, dice Hergenröther, declaró ostensiblemente su oposición al reconocimiento de un Rey protestante, y renovó las manifestaciones de su predecesor. Felipe II envió tropas á la Liga, y los piemonteses invadieron los dominios de Enrique.... Enrique IV prometió al Papa restablecer el Catolicismo en el Bearne, reconocer el Concilio de Trento, observar escrupulosamente el Concordato, y educar en la fe católica al heredero del trono.» Item, *ibid.*, pág. 282.

El citado Artaud de Montor añade: «Il envoya succesivement, pour demander l'absolution en son nom, Pierre de Gondi, ensuite le marquis de Pisani: Clement ne voulut entendre ni l'un ni l'autre. Puis Henri envoya le duc de Nevers. Ce dernier parvint à decouvrir dans Clement une disposition au pardon. Plus tard, du Perron et d'Ossat recommencèrent les demarches convenables: ils affirmaient que Henri avait renoncé, du fond de son coeur à toutes ses erreurs precedents; Saint Philippe Neri intervint, et appuya avec zèle les demarches du roi. Le 20 decembre 1595, Clement declara dans un consistoire, qu'il avait entendu l'opinion de tous les cardinaux; qu'une grande partie d'entre eux inclinaient à la reconciliation.....» *Hist. des Souver. Pontif. Romains*, tome cinquième, páginas 83 y 84.

Apostólica, Romana es la verdadera, llena de verdad y donde se halla la salvación de los hombres; confortado además en esta fe y creencia por la explicación que me han hecho los prelados y doctores en la facultad de Sagrada Teología, que á este fin he congregado, de los puntos que me han tenido separado antes, me he resuelto á entrar en esta Santa Iglesia, vivir y morir en ella con el auxilio de Aquel que por gracia me ha llamado: y por dar comienzo á tan buena obra, después de ser recibido por los susodichos prelados á hacer esto mismo con las formalidades y ceremonias que creyeron necesarias, me he sometido por mi voluntad. El domingo 25 de Julio he oído la Misa uniendo mis plegarias á las plegarias de los otros buenos católicos, como incorporado en la sobredicha Iglesia, con la firme intención de perseverar en ella toda mi vida y dar á Vuestra Santidad y la Santa Sede el respeto y la obediencia debidos como lo han hecho los Cristianísimos Reyes mis predecesores. Teniendo la seguridad, Santísimo Padre, que Vuestra Santidad experimentará la alegría de esta acción santa, que conviene al lugar donde plugo á Dios constituirlos, he querido daros por estas pocas líneas de mi mano, este primer testimonio de mi devoción filial para con vos, aunque más ampliamente lo hago por embajada solemne de personas altas y de buena cualidad, suplicándoos muy afectuosamente de haberla y recibirla con agrado como procedente de un corazón muy sincero y lleno de amor, para que así por mis acciones pueda merecer vuestra santa bendición. Y sin más, Santísimo Padre, pido á Dios que conserve largos años á Vuestra Santidad en perfecta salud para el buen gobierno de su Santa Iglesia. De San Dionisio á 18 de Agosto de 1593. Enrique ¹.

¹ «Ayant, par l'inspiration qu' il a plu á Dieu de me donner, reconnu que l' Eglise catholique, apostolique, romaine, est la vraie Eglise, pleine de verité, et où git le salut des hommes, conforté encore en cette foi et creance par l'eclaircissement que m'ont donné les prelats et docteurs en la sainte faculté de Theologie, que j'ai, á cette fin, assemblés, des points qui m'en ont tenu separé par le passé, je me suis resolu de m'unir á cette sainte Eglise, et d'y vivre et mourir avec l'aide de celui qui m' a fait la gráce de m' y appeler; et, pour donner commencement á ce bon oeuvre, après avoir été reçu á ce faire par les dits prelats

De esta manera vista y tan respetuosa escribía Enrique al Papa declarándole sus propósitos de entrar plenamente, vivir y morir en la religión católica «llena de verdad,» en el día 18 de Agosto de 1593. Y en el postrer día del mismo mes y año se dirigía también á su representante en Roma *Monsieur d'Ossat*, no manifestando el entusiasmo expuesto á Clemente VIII, ni hablándole siquiera de religión, sino estimulándole á llevar con buen éxito el asunto, se supone, de abjurar sus errores, y á informar, y recibir debidamente al Duque de Nevers, primo y enviado extraordinario suyo, que pasaba á Roma para exponer á Su Santidad los mismos intentos. «Tengo por muy seguro, le decia, que muy de buen grado llevaréis adelante los asuntos, ahí donde tanto crédito tenéis, y todo para el bien de mi servicio y de este reino. Y os ruego por la presente que veáis cuanto antes á mi susodicho primo y os empleéis en mi servicio, según que por él os informéis de lo que conviene, dándole además sobre el particular los buenos avisos que se puedan aprovechar y ser de utilidad, asegurándoos que el servicio que en ello pongáis será á mis ojos nuevo mérito digno de alguna gratificación buena y reconocimiento de mi parte. Y en virtud de ello ruego á Dios, Sr. Ossat, que os tenga en su santa guarda. Melun, último día de Agosto de 1593.» Cierto que este documento del Bearnés dice poco en pro ni en

avec les formes et ceremonies, qu' ils ont jugé être nécessaires, aussi je me suis volontiers soumis. Le dimanche 25 de Juillet, j'ai oui la messe, et joint mes prières á celles des autres bons catholiques, comme incorporé en la dite Eglise, avec firme intention d'y perseverer toute ma vie, et de rendre l' obeissance et respect dus á Vostre Sainteté et au Saint-Siège, ainsi qu' ont fait les rois très-chrétiens mes predecesseurs: et m' assurant, très-saint père, que Vostre Sainteté ressentira la joie de cette sainte action, qui convient au lieu où il a plu á Dieu la constituer, j'ai bien voulu, attendant que sur ce je lui rende plus ample devoir par une ambassade solennelle, et de personnages de bonne et grande qualité, lui donner, par ce peu des lignes de ma main, ce premier temoignage de ma devotion filiale envers elle... Et sur ce, très-saint Père, je prie Dieu qu' il veuille longuement maintenir Votre Sainteté en très-bonne santé au bon gouvernement de sa sainte Eglise. De Saint-Denis, le 18 août 1593.—Henry.» *Artaud de Montor*: Item, *ibid*; páginas 45 y 46.

contra de la sinceridad de sus intentos; por más que no ostenta los deseos vivos de su autor de abrazar la verdad católica con el ardor y fuego manifestado anteriormente al Papa ¹.

Pero entretanto la fuerza del partido francés en Roma, alentado por las buenas disposiciones de Clemente VIII favorables á su causa; los trabajos d'Ossat y du Perron con varios cardenales partidarios de los planes de Enrique de Navarra y enemigos de España, cuyo dominio temían muchos en las Galias y en Italia, como si fuera el de la Media Luna; el deseo de poner término de una vez á las guerras religiosas, y sobre todo la seguridad absoluta é incondicional que daba el Bearnés de cómo su conversión no era fingida, ni tampoco interesada, sino cierta y verdadera, salida del corazón arrepentido y del conocimiento de la verdad católica, todas estas y otras muchas

¹ Ya recordará el pio y docto lector ser el personaje á quien va dirigida esta carta del Rey Enrique, aquel celebrado y muy sabio Arnaldo de Ossat, oriundo de Auxitania en Francia, secretario del eminente Arzobispo tolosano el clarísimo Fox ó Foxio, procurador en Roma del Rey Enrique III; representante después allí mismo de Enrique de Navarra; Obispo de Rennes consagrado en 1598; creado luego Cardenal por Clemente VIII con el título de San Eusebio, y en fin varón peritísimo en todas las disciplinas jurídico-teológicas, que habiendo prestado grandes servicios á la Iglesia y á su patria, lleno de virtudes y merecimientos pasó de esta vida mortal á la perdurable y eterna, en Roma á los 68 años de edad y en el de 1604. *Alfonso Chacon*: obra citada; vol. IV, pág. 321.

Deciale así en francés Enrique IV: «Monsieur d'Ossat: l'assurance que j'ai que vous rapporterez volontiers l'intelligence que vous avez des affaires de delá, et le credit que vous y avez acquis, au bien de mon service et de ce royaume m'a meu de vous écrire la presente sur l'occasion du voyage que mon cousin le duc de Nevers va faire de ma part, vers notre saint-père le papa, et par icelle vous prie, comme je fais, de voir mondit cousin le plus souvent qu'il vous sera possible, pour vous employer pour mondit service, selon que par lui vous saurez etre á propos; lui donnant ausi sur ce, les bons avis que vous connoitrez y pouvoir aider et être utile en quelque chose, vous assurant que le devoir que vous y rendrez vous sera une acquisition de nouveau merite envers moi, qui vaudra quelque bonne gratification et reconnaissance de ma part. Et sur ce je prie Dieu, monsieur d'Ossat, qu'il vous ait en sa sainte et digne garde. Ecrivez á Melun, le dernier jour d'août 1593, Henry.»—*Artaud de Montor*: item; pág. 43 y 44.

circunstancias pusieron sin duda la victoria en manos de Enrique IV, siendo desde luego admitido en la Iglesia de Dios y absuelto de las penas y censuras lanzadas contra su persona por causa de herejía. El Rey de España, sin embargo; sus diplomáticos y representantes en la Ciudad Eterna, sus ejércitos en los campos de batalla y la Santa Alianza en Francia, no podían persuadirse, ni llegar á creer en la verdad y sinceridad de la conversión de Enrique; y así continuaron la campaña. ¿Quiénes se equivocaban y erraron entonces? No me toca á mí, ni quiero contestar á esta delicada y no fácil pregunta que los críticos suelen hacer. Pero sí diré con claridad y sin rodeos no deberse hacer cargos al Papa Clemente por haber absuelto al Príncipe calvinista y recibídole en el aprisco de Jesucristo. El Papa en aquel acto obró como el padre que extiende los brazos al hijo pródigo, y le abrió las puertas de la Iglesia, pero á condición de ser en lo futuro su defensor, y admitir en Francia el Concilio de Trento, con otras proposiciones hechas por la Santa Sede, que prometió cumplir Enrique de Navarra. ¿Las cumplió? ¹.

Mas aparte de todo esto, varios críticos é historiadores contemporáneos y muchos otros que escribieron después, no ce-

¹ Lo cierto que en esto hay, es que, absuelto y recibido en la Iglesia Enrique, cayerónse en gran parte y por el momento de las manos las armas de los católicos, aunque no así las de la gente heterodoxa, cada vez más amenazadora; la política española retrocedió respetando los juicios y el proceder de la Santa Sede, y pareció á muchos ver en lontananza la era deseada del triunfo y de la paz de la Iglesia. «La Liga, dice, Hergenröther, se disolvió, y en 1596 parecía asegurada de todo punto la paz en Francia. Enrique IV prometió al Papa restablecer el catolicismo en el Bearnés, reconocer el Concilio de Trento, observar escrupulosamente el concordato y educar en la fe católica al heredero del trono.» *Hergenröther*: ítem, íbid. «La Ligue dès ce moment, fut détruit et l'on n'en parla plus que pour la detester et faire connaitre que sous pretexte de religion, des Français avaient contracté une alliance avec des ennemis de la France elle-même.» *Artaud de Montor*: ítem; íbid; pág. 88. Esta gritería de todo punto injusta é hija de ingratitud contra los sacrificios inmensos hechos por la Liga, el Rey Prudente de España y la misma Santa Sede, salía de los partidos heréticos y también de aquel otro, el templado conservador, amigo de conciliarlo todo, hasta el error con la verdad, y al cual ayudaba el protestantismo revolucionario de Inglaterra.

san de echar en rostro á Enrique IV de Francia su harto mala fama y los escándalos que daba al mundo, separándose de su esposa y cambiándola por otra que llevaba consigo hasta en los campos de batalla, y á la cual, según parece, ni aun siquiera abandonó para reconciliarse con la Iglesia de Dios, á lo menos en su interior. Dificilísima cosa es juzgar de las intenciones buenas ó malas, francas ó disimuladas, leales ó fingidas, que Enrique de Navarra abrigaba en el pecho cuando afirmaba por embajadas y escritos serios al Papa ser ya católico en el fondo del corazón y pedía ser absuelto. Pero existe de su mano un documento escrito dos días antes de la abjuración, que sin esfuerzos extraordinarios, hechos generalmente por sus defensores, le compromete y obliga á sospechar con probabilidades muy fuertes que ni la mente ni el corazón de Enrique andaban libres de las cadenas heréticas y sensuales cuando hizo pública confesión de fe católica y abjuró sus errores calvinistas. Es una carta dirigida á la desdichada y célebre Duquesa de *Beaufort*, conocida por todos con el nombre de la *belle Gabrièle*, y que, con otras, tanto perjuicio llevó al honor del Príncipe Enrique ¹.

Véase ahora en cuáles términos se halla concebida la famosa y tan diversamente comentada carta del Rey Enrique, la cual, según *Artaud de Montor*, es por desgracia autógrafa ²: «Lle-

¹ El Rey convertido Enrique, según atrás se apuntó, estaba casado con Margarita de Valois hija de Catalina de Médicis y hermana del Rey Carlos IX de Francia. Mas como tal matrimonio pareció haberse celebrado sin el consentimiento necesario cuando los sucesos de la *Sainte Barthelemy*, se abrió expediente de divorcio declarándose después nulo aquel enlace. Con el cual suceso la famosa duquesa esperaba ser entonces la verdadera esposa de Enrique; pero esta mujer acabó trágica y misteriosamente en el año de 1599, en la fecha misma en que se daban pasos para mostrar en justicia la nulidad de las primeras nupcias del Bearnés. A este propósito, dice así *Artaud de Montor*: «Marguerite de France, reine de France et de Navarre avait mis des obstacles á toute négociation pour un divorce, tant que la duchesse de Beaufort avait conservé l'esperance d'épouser le roi: la duchesse étant morte en 1599 d'une manière imprevue et terrible que l'histoire n'a pas encore pu expliquer suffisamment, Marguerite fut sollicitée de nouveau pour qu'elle donnât un consentement au divorce...» Ítem: íbid. pág. 111 y 112.

² *Voici ces lignes, qui ont été écrites deux jours avant l'abjuration, et qui sont très malheureusement autographes.* Ítem: pág. 48.

gué por la noche ayer temprano, siendo importunado por personas de que Dios nos libre, hasta la hora de acostarme. Creo segura la tregua y que hoy mismo quedará cerrada. Ando en tratos con los conjurados, partidarios de la Liga de Santo Tomás: comienzo hoy por la mañana á conferenciar con los obispos. Además de la gente que ayer os he enviado de escolta, van hoy cincuenta arcabuceros equivalentes á otro número igual de corazas. La esperanza que abrigo de que *mañana os he de ver*, contiene mi mano en escribiros más largos discursos. El domingo será cuando daré *el salto mortal*. Y en la hora que os estoy escribiendo tengo aquí cien personas importunas sobre los hombros, las cuales me harán aborrecer á San Dionisio tanto, cuanto vos aborreceis á Mantes. Hasta la vista. A veinte y tres de Julio.»¹

Tal es la carta famosa de Enrique IV, que á pesar de los esfuerzos hechos por los escritores entusiastas de este Príncipe, para interpretar sus frases en caridad y favor suyo; pero sin embargo, no se ven caminos fáciles en ella, sino para evidenciar que su regio autor, en vísperas de convertirse á la verdad pura y limpia de la religión católica, mandaba escoltas que tra-

¹ Hé aquí el texto copiado del que nos ofrece *Artaud de Montor*, partidario entusiasta y ciego de Enrique IV. Dice en nota este autor, enemigo de Felipe II y de la política española en aquella sazón, haber tomado tal documento del legajo de la Biblioteca Real, número 9128, pag. 73 del registro. «J' arrivai au soyr de bonne heure, et je fus importuné de Dieu gard jusque á mon coucher. Nous croyons la trêve, et qu' elle se doit conclure aujourd' huy. Pour moy je suis á l' endroyt des ligueurs de Saint-Thomas: je commence ce matin á parler aux evesques. Outre ceux que je vous mande hyer pour escorte, je vous envoie cinquante arquebusiers, qui valent bien des cuirasses. L' esperance que j' ai de vous voir demain retient ma main de vous faire plus long discours. Ce sera dimanche que je fairai *le sauls perylleus*. A l' heure que je vous ecrys, j' ay cent importuns sur les espaulles, qui me feront hayr Saint-Denis comme vous faites Mantes. Bonjour. Ce XXIII Juillet.» La versión dada en el texto está en un todo conforme á las explicaciones que de las frases más ó menos oscuras hace el mismo y citado *Artaud de Montor* en la página 48 de su *Histoire des Souverains Pontifes Romains: tome cinquième*, y donde pone todo su empeño en defender á Enrique de Navarra á pesar de esta su carta que tan mal le deja y compromete.

jesen á su lado á la duquesa impúdica que ocupaba el alto lugar de su entonces verdadera esposa Margarita de Valois. Aparte de esto, que tanto predica contra la sinceridad de la conversión de Enrique, denúncianlo asimismo aquellas frases con que apellidaba gente importuna á la que procuraba su conversión y, por ende, la salvación de su alma con la libertad de la religión católica y de la patria; y de tales hombres pedía á Dios verse libre. Y estos hombres, según *Montor* y *Paulin Paris*, eran los sacerdotes y religiosos que le hablaron en su llegada, tras los cuales fueron después entrando varios prelados é individuos de la *Santa Liga*. Estos últimos son llamados por el Príncipe los *lyguteurs* ó partidarios de la Liga de Santo Tomás del Louvre. Y esos mismos eran igualmente aquellos cien importunos que decía Enrique tener sobre sus hombros quienes habrían de ser la causa de abominar ya para siempre el célebre y venerando templo de San Dionisio, donde pasados sólo dos días haría su profesión de fe católica y abjurando los errores calvinistas. Y cierto que tal acto por medio del cual comenzaría á caminar por las sendas del Cielo, no obstante los *cien importunos*, debiera servirle del mayor consuelo y de la más grande y gratísima satisfacción. Y sin embargo, asegura el mismo Príncipe que le harán aborrecer á San Dionisio tanto, cuanto la Duquesa de *Beaufort*, objeto de sus escandalosos amores, aborrecía á Mantes por verse demasiado lejana del campamento Real¹.

Por lo demás, y en obsequio de la imparcialidad y verdad de la historia, se ha de notar, que ni los obispos, ni posteriormente el Legado del Padre Santo, ante los cuales hizo su abjuración Enrique IV de Francia, pudieran fácilmente conocer los pormenores y las particularidades que los documentos des-

¹ El mismo *Artaud de Montor* interpreta de igual manera la causa del disgusto que á la famosa *Gabrielle la Belle* producía la población de Mantes. He aquí sus palabras: «Gabrielle, duchesse de Beaufort, disoit qu' elle haissait Mantes, ville trop éloignée du camp royal.» Y este aborrecimiento á la ciudad de Mantes, por parte de la adúltera duquesa, tenía por causa verse apartada del regio campamento de que era jefe Enrique, cuyos impuros y escandalosos amores trajeron escoltada hasta las tiendas de campaña, como si fuera su propia esposa, á la susodicha Gabriela dos días antes de la abjuración en la iglesia de *Saint-Denis*.

cubrieron y señalaron al mundo en los tiempos futuros, merced á la investigación y laboriosidad de los sabios. El Romano Pontífice y los prelados miraron entonces al bien general de la Iglesia y de la Francia católica, que sinceramente creyeron había de resultar de aquel acto externo y trascendental para la causa de la verdad evangélica. Cierta que se ofrecía asimismo muy de bulto á los ojos el triunfo que podrían obtener las armas católicas de la *Liga*, apoyada por los valerosos y temibles tercios españoles, junto con la influencia moral de la Santa Sede y el gran poder de Felipe II el Prudente. Mas tampoco podrá negar alguno que esta victoria para muchos, entonces y ahora preferible y más estable, no se veía sino sólo en lontananza y terrenos de probabilidad vehemente, mientras que la conversión del Príncipe calvinista con las promesas halagüeñas para la Iglesia que pública y privadamente hacía, eran vistas y tenidas como en la mano. Y entretanto, los ilustres varones prelados y cardenales más tarde du Perron y Ossat, procuradores de Enrique, exponían en Roma al Papa hallarse aquel Príncipe tocado de Dios y llamado al seno de la Iglesia católica, como él mismo lo declaró, y suplicó así de palabra y por escrito á los Soberanos Pontífices desde Sixto V, y últimamente á los prelados franceses, que con todos los requisitos debidos lo absolvieron de las censuras pontificias en que se hallaba incurso, después de haberse instruido en cuanto es menester para aquella célebre y entonces satisfactoria reconciliación. Con todo lo cual se fué ablandando el Papa hasta confirmar y ratificar, mediante legado suyo, la conversión y abjuración repetida del Monarca francés¹.

¹ «Trés Saint-Père. Exposit à votre Sainteté de la part de Henri IV roi de France et de Navarre, et au nom de Sa Majesté... qu'ayant plu à Dieu, depuis quelques années, de toucher le cœur dudit seigneur roi, et l'inspirer de s'unir à l'Eglise catholique apostolique romaine, il rechercha tous les moyens à lui possibles pour y être reçu et incorporé par autorité de ce saint-siège: et pour cet effet, ja du temps de Sixte V, envoya á Rome le sieur de Luxembourg; et depuis s'étant, en dix-huit mois plus éclairci des points contentieux entre les catholiques et les herétiques, envoya à Rome au commencement de votre pontificat, M. le cardinal de Gondi, et puis le marquis de Pisany pour supplier à votre Sainteté de commander les formes et moyens qu'il devoit tenir en sa conversion... il fut enfin contraint de s'adresser aux prelates de

IV.

EL EDICTO DE NANTES.

No faltan críticos é historiadores católicos de gran peso que enseñan haber sido cosa deplorable para la Iglesia, la nación francesa y áun Europa entera, el advenimiento de Enrique IV al trono de Carlo Magno y de S. Luis. A lo menos señalan tal suceso como el antecedente histórico y en gran parte lógico de la revolución de Francia en el postrer siglo pasado. Para probar su tesis y afirmaciones no faltas, á mi ver, de fundamento y razón, exponen por manera minuciosa lo que fué el edicto famoso de Nantes, dado por Enrique IV, en 13 de Abril de 1598, y las consecuencias tristísimas que de allí se siguieron. Los herejes calvinistas luego que vieron convertido á la religión verdadera á su antiguo rey y capitán Enrique, mostraron con escritos y las armas en la mano su disgusto y su furor. Y el Monarca de Francia y de Navarra, lejos de responder á tanta soberbia y osadía, por manera enérgica, y la fuerza material de que pudiera disponer, optó por contemplar y tranquilizar los ánimos de aquella gente heterodoxa y, como tal, inquieta y descontentadiza. Y al efecto, creyendo reconciliar lo irreconciliable, publicó el famoso *Edicto de Nantes*, ventajosísimo para los

France pour executer son pieux Saint desir. Par lesquels prelates et par plusieurs docteurs de theologie, ayant été suffisamment instruit dans la foi catholique et apostolique romaine, il fit toutes les soumissions en tel cas requises et accoutumées, et même l'abjuration de ses erreurs passées et ensemble la profession de foi qu'il veut garder et observer inviolablement, et par l'un desdits prelates, et avec l'avis et l'assistance des autres, reçut l'absolution des censures et excommunications par lui encourues à cause des susdites erreurs, et neanmoins fut par les mêmes prelates remis à Votre Sainteté...» Véase este documento entero en *Artaud de Montor*: item; *ibid*. No quiero dejar de advertir aquí cómo este autor francés se muestra por lo común enemigo apasionado de Felipe II é ignorantísimo de la historia y grandezas de nuestra patria.